

HÉROES DE PAPEL O UNA HISTORIA DE LO EFÍMERO: ENTRE LA LITERATURA Y LA HISTORIA

JOSÉ ELISEO VALLE APARICIO *

University of Virginia - HSP

Universidad Católica San Vicente Mártir de Valencia

Universitat de València

Resumen

El artículo analiza el periodo histórico de la Unidad Popular chilena (1970-73), a partir de la novela de Antonio Skármeta *Soñé que la nieve ardía*, y con ello reflexiona sobre el papel que la ficción, y en particular la novela, está llamada a jugar en la reconstrucción de la historia de un país. Los diversos territorios de la literatura y la historia; sus contactos, sus fronteras, muestran en estas páginas sus enormes e inexploradas posibilidades.

Palabras clave

Ficción, Historia chilena, Novela chilena, Unidad Popular, Literatura e Historia.

* VALLE APARICIO, Eliseo. "Héroes de papel o una historia de lo efímero: entre la literatura y la historia". En: *Actas del II Congreso Internacional de Lengua, Literatura y Cultura de E/LE: Teoría y práctica docente*. Onda: JMC, 2008. p. 379-396. ISBN: 978-84-612-6183-3.

Abstract

The article analyzes the historic period of the Chilean Popular Unity (1970-73), based on the novel of Antonio Skármeta *Soñé que la nieve ardía*. It reflects on the importance of fiction, in the reconstruction of the history of the country. In these pages we take a look at the unexplored possibilities in both the territories history and of literature.

Keywords

Fiction, Chilean History, Chilean Novel, Popular Unity, Literature and History

HÉROES DE PAPEL O UNA HISTORIA DE LO EFÍMERO: ENTRE LA LITERATURA Y LA HISTORIA

JOSÉ ELISEO VALLE APARICIO

University of Virginia - HSP

Universidad Católica San Vicente Mártir de Valencia

Universitat de València

1. Introducción

Como bien dijera Octavio Paz, «la literatura y las artes son hijas de la Memoria, y tienen la propiedad de despertar a los pueblos y recordarles qué y quiénes son». Si escribir es una forma de actuar contra el olvido, en cuanto que «la memoria implica, un acto de redención, lo que se recuerda ha sido salvado de la nada» (A. MADRID 1990:9). La literatura, en cuanto reproducción y producción del mundo, es capaz de proporcionarnos miradas, lecturas que evocan, fijan un tiempo y un espacio, escenifican el recorrido de la memoria a través de las palabras, imágenes, sensaciones que ayudan a recuperarlas del olvido y transformarlas en una memoria de papel. La novela puede así dar cuenta de momentos históricos de un país, narrando sucesos que de forma más o menos alusiva representan los cambios que efectivamente tuvieron. Las voces narrativas que emanan de su interior, las que oímos en nuestro ejercicio de lectura, nos transmiten cada una de ellas, a veces en lenguajes muy distintos (su propia cosmovisión): nos cuentan sus versiones de la historia.

En particular a lo largo de estas páginas intentaremos aproximarnos por aguas literarias hasta los días de un periodo único y apasionante de la historia chilena más reciente: el de la Unidad Popular en el trienio 1970-73, unos años que abordaremos desde la novela de

Antonio Skármeta *Soñé que la nieve ardía*, concluida en 1974 y publicada al año siguiente, con su autor ya exiliado en Alemania. La raíz del relato es anterior, hasta el punto de que algunos elementos del mismo parecen haber sido concebidos de forma simultánea al desarrollo de los hechos allí narrados. De ahí que resulte ser un texto único, que refleja magistralmente la euforia triunfalista con que se vivió –especialmente en los sustratos sociales populares, auténticos protagonistas de la trama– la experiencia de la Unidad Popular. Por otro lado, nos da cuenta de las pretensiones, los valores y anhelos de sectores sociales que habitualmente no encontramos en los textos históricos, precisamente porque jamás suelen ser los personajes principales de la historia.

La realización del viaje que la lectura supone nos exige, sin embargo, el establecer de forma clara el papel que la novela puede ostentar en el proceso de comprensión de los fenómenos históricos, como paso previo que necesariamente oriente y conduzca el posterior planteamiento metodológico adoptado y a utilizar en el análisis del texto narrativo escogido.

En este sentido, la literatura en general, y más concretamente uno de sus géneros, la novela, pensamos que está llamada a jugar un papel expansivo, enriqueciendo el discurso histórico a través de la introducción en el mismo de la perspectiva de lo imaginado, y proporcionando así una nueva mirada, a través del recorrido a esos mundos posibles, universos casi ilimitados y variados al máximo, que nos permite rebasar los condicionantes que imponen las circunstancias concretas del momento presente y acceder a *otro* territorio de reflexión histórica, susceptible de ser oportunamente utilizado como un eficaz constructor de un ambiente que sitúe y envuelva al historiador, contribuyendo así a ampliar su perspectiva de comprensión global. Su inmenso poder provoca que la fascinación que llega a experimentar el lector ejerza en ocasiones un efecto liberador, mientras que en otras actúa como narcótico susceptible de usos tóxicos –tomamos prestada esta expresión de Justo Serna–; pero en todo caso, nos procura un ensanchamiento perceptivo que difícilmente pudiéramos lograr de otro modo, a partir de la combinación de dos elementos básicos: la palabra y nuestro propio mundo interior, cuyas posibilidades son muy amplias y en cierto modo desconocidas.

Las lecturas que nos ofrece la narrativa son un medio de investigar en nuestro interior, que nos va nutriendo de datos, caracteres, significados, mundos posibles... va recargando nuestra galería de imágenes, de escenas, de personajes... y paralelamente va excitando nuestro catálogo de sensaciones y de sentimientos, todo ello con una fuerza inusitada. Porque resulta casi mágica la forma en que los relatos influyen en nosotros, configurando nuestros universos sentimentales y representativos, y hacen que los lectores sean distintos a partir del momento que lo que leen.

Una interpretación del fenómeno literario que nos aproxima, sin duda, a aceptar gran parte de los postulados que sustentan un enfoque antropológico-imaginario de la ficción.

Nadie pretendería, sin embargo, alcanzar un conocimiento válido sobre lo ocurrido en Chile de la Unidad Popular a través de la lectura exclusiva del texto de Skármeta: no pertenece al terreno de la certeza, sino de la ficción; tampoco lo pretende. Sus aportaciones han sido más bien de otra índole.

Así, la novela codifica, a partir del manejo de la ficción como materia prima fundamental, la realidad del pasado desde diferentes discursos, que encarnan maneras alternativas –y a veces, contrarias– de entender y asumir los hechos acontecidos. Una escritura polifónica es la que nos proporcionan narrador y personajes, figuras mucho más libres y versátiles que los seres humanos de carne y hueso; figuras construidas por su creador a la medida de la materia literaria que está presto a modelar.

A la par que captar múltiples perspectivas, la narrativa amplía su ángulo de visión dando cabida, por un lado, a voces habitualmente desoídas en el discurso histórico y, por otro, al ámbito de lo cotidiano, de lo privado, de lo particular, de lo local; aspectos como las formas de vida, la sexualidad, las costumbres... sin duda nos aportarán como historiadores datos fundamentales en la constitución de la identidad colectiva del Chile de las últimas décadas del siglo que recientemente hemos abandonado.

La novela se muestra así como una representación privilegiada del mundo: la fuerza evocadora de las palabras es capaz de trasladarnos a los escenarios de los sucesos acontecidos, nos permite poner nombre y cara a una realidad abstracta, nos aporta una

perspectiva necesaria para el historiador. Y, como dice Javier Marías, al asistir a todas estas escenas, siquiera como espectadores invisibles, *comprendemos*.

2. Desarrollo

Análisis de la novela: *SOÑÉ QUE LA NIEVE ARDÍA*¹

(...) Soñé que la nieve ardía, soñé que el fuego se helaba», son dos versos del *Ay, ay, ay*, una canción popular chilena, que expresan una quimera, una fantasía, más bien un anhelo del todo imposible, por absolutamente utópico. Quizá esa sea la razón (la idea de imposibilidad que nos transmite, su inevitable fatalidad) por la que el primero de estos versos haya servido para dar título a esta novela, que recrea el ambiente popular en torno a una de las experiencias políticas chilenas más interesantes de nuestro siglo: la del período de la Unidad Popular, y el sangriento golpe que le puso fin, un 11 de septiembre de 1973. Una fecha, esta última, que marcó el cierre de aquella inolvidable primavera, dibujando en el lienzo histórico del Chile contemporáneo una gruesa línea divisoria, que permite hablar de un antes y un después, y que ha sido elevada a una categoría poco frecuente, precisamente la que alcanzan “aquellos raros momentos que, sintetizando en pocas horas toda una época, cierran y abren, clausuran e inauguran, y muy especialmente, permiten sostener, evocando su mera presencia, el comienzo o el fin de los grandes procesos colectivos” (G. CÁCERES Y J. ALCÁZAR 1998:33).

La ficción nos empuja aquí a vivir, de la mano de unos personajes convertidos por Skármeta en actores ocasionales, el sentimiento de ese magnífico proceso colectivo que fue el período de la Unidad Popular, remontándonos en ocasiones a sus comienzos y arrastrándonos también a su final, para mostrarnos brevemente, como desde detrás de una ventana, algunos fotogramas de lo que vendría después.

El escenario de los acontecimientos no es otro que una población chilena, un barrio proletario del extrarradio de Santiago; más concretamente el corazón de la trama se desarrolla en la pensión que regenta don Manuel. Un lugar que el escritor dibuja y nos hace sentir como un espacio entrañable, por el modo en que conviven en ella sus moradores (hasta quince habitaciones tenía, doce solían ser a la mesa). Tanto es así que una de las imágenes de más fuerza evocadora del dolor y del sentimiento de derrota y de vacío que sobrevienen al golpe militar, tras la entrada del ejército a la población y la matanza de

¹ Las referencias a esta novela no darán lugar a notas al pie de página, sino que se indicará el número de página al final de cada cita.

muchos de su pobladores, es la de la pensión vacía, tan sólo habitada ahora por don Manuel y la Juana. La elección por Skármeta de una pensión como escenario medular de la historia aquí narrada no es en absoluto gratuita; se trata de una atmósfera que el escritor conoce bien, pues vivió parte de su infancia y su adolescencia en una pensión bonaerense(y de la que parece conservar dulces recuerdos). De ahí que configure la pensión como un ámbito sumamente privilegiado en el relato. El escritor demuestra claramente su aprecio, precisamente por condensar, en su opinión: «esa mezcla entre la vida pública y la vida privada» (J.A. PIÑA 1991:159), por ser un lugar en el que «los territorios son difíciles de determinar y los conceptos de casa y familia se amplían» J.A. PIÑA (1991:159), hasta el punto de señalar que ese espacio que agrupa gentes diversas, en su mayoría altamente preocupadas por el devenir político inmediato de su país, es «una metáfora de Chile» (J.A. PIÑA 1991:180).

La historia comienza con un viaje hacia la esperanza y finaliza con un quasi-soliloquio, resultante de una entrevista en la que un mudo escritor (quizá el propio Skármeta²) asiste al recuento de los hechos finales del período de la Unidad Popular, tal y como fueron vividos por los personajes la novela, narrados por boca de don Manuel –el dueño de la pensión–, que sin embargo deja también en su crónica negra un breve resquicio para las ilusiones, aunque éstas sean tan fantasiosas como las que la Juana teje en su mente, destrozada por el impacto de todo lo ocurrido.

El lector viaja al escenario de los acontecimientos de la mano de Arturo, una joven promesa del fútbol que viaja a Santiago para iniciar una carrera profesional que él se promete llena de triunfos. El relato contempla la evolución del personaje desde el mero interés absolutamente egoísta por su profesión hasta la adquisición de una cierta conciencia política. El proyecto de vida de este futbolista provinciano se encuentra, sin embargo, como en el caso del resto de personajes, focalizado por la búsqueda de la gloria. Pero en su caso

² Según José Promis, el narrador asume de este modo la fisonomía de un silencioso cronista cuya figura se revela sorpresivamente sólo en el último párrafo de la novela, recurso que aquél encuentra similar al utilizado en *La casa de los espíritus de Isabel Allende*, cuya narradora, Alba, se sitúa en un punto de vista narrativo exterior a la historia para ocultar enigmáticamente su presencia y sólo revelarla en el epílogo del relato. (J. PROMIS 1993:231)

se trata de la conquista de un éxito personal, en contraste con el grupo de trabajadores izquierdistas, que también persiguen el triunfo –colectivo–, pero entendido más bien como antítesis de la derrota: su esfuerzo busca afianzar esa débil y precaria victoria obtenida en las urnas, que la realidad cotidiana les está negando minuto a minuto, y que se vislumbra a corto plazo como aniquilación histórica, a manos de unas fuerzas mucho más poderosas que las que ellos representan.

Arturo posee así una visión lúdica del mundo, que choca frontalmente con la realidad que le circunda. Con todo, a medida que la novela progresa, las experiencias del joven le van llevando a adquirir un cada vez mayor entendimiento de la necesidad de solidaridad humana, mediante el ejemplo que proclama el grupo de activistas de izquierda a través de sus desinteresadas actitudes individuales –en particular el gordo Osorio, el personaje más cercano a Arturo-. A lo largo de la historia aquí narrada, el joven ofrece continuas muestras de debilidad y cobardía; sin embargo, el final del relato nos presenta a un nuevo Arturo, que parece ser el fruto de una lenta toma de conciencia. El viraje axiológico positivo experimentado por quien es casi el personaje principal de la novela (aunque su intervención sea más bien un pretexto, pues en realidad el protagonista es aquí un ente colectivo, las masas de izquierda del período de la Unidad Popular), se encuentra en íntima conexión con el rol simbólico que juega en el relato su virginidad, de modo que la iniciación a la sexualidad que el personaje protagoniza es utilizada para asociar su auto-realización viril con su aproximación política a la izquierda. En este sentido, en gran parte de los trabajos de Skármeta la temática sexual aparece de forma reiterada y en ocasiones está llena de valores y cargas simbólicas (la actividad sexual parece simbolizar una explosión destructora de restricciones y prejuicios burgueses, fuente de vitalidad y auto-realización). Todo esto explica también que muchos de los personajes más íntegros y más felices de sus relatos sean individuos con una vida sexual satisfactoria, absolutamente explicitada en la trama (aquí encontramos un exponente, el gordo Osorio).

La pérdida de la virginidad nos lleva a conocer a quien es por derecho propio otro de los personajes básicos de la novela: Susana, su iniciadora en las artes del amor. Esta mujer es una militante de izquierdas que, como el resto de sus compañeros del grupo, se halla

absolutamente comprometida con el triunfo del gobierno popular –o más bien, con impedir por todos los medios a su alcance su derrota–. Vitalista y despojada de prejuicios, su independencia y manejo de la propia sexualidad han hecho que hasta Skármeta reconozca abiertamente la carga alegórica del personaje, su perfil rompedor dentro de su género, hasta el punto de que éste es el rasgo que lleva al escritor a catalogar esta obra como la primera novela feminista chilena; en este sentido, su autor ha señalado:

Creo que es la primera novela chilena, de un hombre, que yo conozca, (...) en que se plantea radicalmente la crítica de un personaje macho hasta su descripción, su redención y educación sentimental por una mujer que lo sensibiliza y lo deja abierto al cambio. Esta novela no ha sido leída todavía así, pero ahora comenzó claramente a percibirse este modo de entenderla (V. CORTÍNEZ 1988:80).

En esta misma línea se sitúa D.L. SHAW (1994: 302) en el análisis que lleva a cabo del personaje, sobre el cual señala que ha sido visto por diversos autores como «uno de los primeros en romper el molde de convencionalidad entre los personajes femeninos dentro de la ficción contemporánea hispano-americana»

Por otro lado, y al hablar de Arturo, ya hemos aludido a la figura de su abuelo. Hombre vital y de izquierdas, desea que su nieto se concencie de los problemas de las clases trabajadoras en Chile, que se identifique con esa gente, así como que se convierta en un hombre, tanto en el sentido más viril de la expresión como en su acepción de ser íntegro.

El contraste frontal con Arturo lo constituye el otro polo protagónico de la novela: configurado por el grupo de personajes, jóvenes en su mayoría, fuertemente comprometidos con el gobierno de la Unidad Popular. Lo forman un racimo de trabajadores entusiastas, anónimos activistas de trabajos voluntarios con los que pretenden elevar la productividad nacional y contrarrestar de esta forma los efectos del bloqueo económico que amenaza con hundir el país y la propia opción del gobierno popular. Su intento por afianzar la precariedad del triunfo electoral obtenido en septiembre de 1970 hace que aparezcan en el relato casi como «cruzados, en el sentido épico de las Cruzadas que partían al rescate del Gran Sepulcro» (S. COPPOLA 1995:133). Ésta es una de características de la escritura de Skármeta tal y como se revela en esta novela, que entronca directamente con un rasgo que el escritor considera definidor de la literatura latinoamericana, frente a otras tradiciones

literarias; y es que «es una literatura vinculada muy estrechamente a fenómenos históricos; es una literatura que por fantástica que sea su evolución, detrás de cada historia privada, por pequeña que sea la historia, tú adivinas una épica» (V. CORTÍNEZ 1988:73). En este caso, detrás de cada uno de estos pequeños, insignificantes seres desposeídos de bienes materiales y de relevancia social, existe una gran épica: la épica revolucionaria, la que pretende y busca el cambio social, la transformación de su propio y querido país.

El Gordo, El Negro, Mari, Susana, Carlos, son algunos exponentes de esta juventud redentora que compensan con un inquebrantable entusiasmo su fragilísima defensa; y es que «las reglas del juego democrático han sido reguladas por una legalidad débil y mítica, merced a la cual se sustenta la creencia en la validez de un resguardo obtenido por una mayoría de votos, contra el que la contrarrevolución emplea la fuerza física» (S. COPPOLA 1995:133). La amenaza es diaria, tangible, cada vez mayor: esgrime el militarismo; para luchar contra la misma, este grupo de activistas de izquierda tan sólo dispone de la palabra, junto a la voluntad y al esfuerzo personal. En esta línea argumental, Skármeta dirá, en referencia al grupo proletario de *Soñé que la nieve ardía*, que: «En ellos aparece la voluntad de provocar un cambio en la sociedad, sin tener otra herramienta que la retórica. Pienso que es la retórica de izquierda el tema de esta novela» (J.A. PIÑA 1991:183-184).

Su empeño en luchar por aquello que tanto valoran y aprecian, por esa endeble situación política que se alza ante ellos como lo mejor que jamás han tenido, les lleva incluso a la inmolación de su vida para defenderla; de algún modo, por tanto, en esta novela podría decirse que el protagonista es el héroe colectivo. Son seres ordinarios, anónimos, poco importantes, personajes comunes a los que les sobrevienen unas especialísimas circunstancias históricas, que determinan que sobre sus espaldas descansen en un momento dado la responsabilidad de la defensa de un régimen, internamente debilitado, que sólo una facción del pueblo chileno apoya; y colocados ante tal disyuntiva, responden de una forma coherente con sus creencias, sacrificando todo aquello que poseen y todo aquello que son. De tal modo son vistos por su propio creador:

Creo que aquí está nuevamente esa constante obsesión mía por mirar los grandes acontecimientos de la historia desde puntos de vista inusuales, y no desde la perspectiva de los personajes heroicos ni de los líderes intelectuales epopéyicos de la novela celebratoria. Se trata de detenerse en estos seres comunes y corrientes que finalmente aportan sus cuerpos, no solamente sus almas. El repertorio de personajes está compuesto por seres anónimos que adquieren a ratos conductas heroicas, porque la historia los coloca en una encrucijada, no porque lo hayan elegido (J.A. PIÑA 1991:180).

Dentro de este grupo destaca casi como líder natural un personaje inevitablemente aludido: el gordito Osorio, modelo tomado por el escritor de un relato anterior³. Éste es el contrapunto de ese Arturo que inicialmente conoce el lector, por cuanto se trata de un ser emocionalmente conectado con el resto de compañeros y compañeras del grupo, así como con su propia clase social. Al tiempo, se halla sexualmente realizado y mantiene convicciones políticas claras, sin llegar a ser en modo alguno dogmático o fanático.

Y si hasta ahora ya hemos aludido en nuestro análisis de esta obra a dos polos básicos de la estructura narrativa –el protagonista individual, de planteamientos individualistas, y el grupo de personajes comprometidos con un proyecto socio-político común–, faltaría referirse a un tercer polo formado por toda una galería de seres humanos, algunos curiosos y todos heterogéneos, especímenes que configuran la más tópica medianía social. Se trata de una serie de individuos que aportan a esta novela las mayores dosis de ternura y de fantasía narrativa, llegando incluso algunos de ellos a rozar el territorio del absurdo, a bucear en las aguas de la ficcionalidad más inverosímil. En este grupo encontramos, en primer lugar, a algunos personajes que se debaten al borde de la picaresca criolla, como el Señor Pequeño y Ángel, su ocasional colaborador apodado “la Bestia” por lo grandote, tímido e inútil. El primero es un artista de variedades profesional, con un físico insólito y una actitud orgullosa y en ocasiones déspota, y con una continua e inmediata necesidad de abstraerse del mundo consciente para poder continuar con sus sueños inacabados. Sueños en los que la narrativa de Skármeta cambia radicalmente de registro para adentrarse en el

³ El gustaca Osorio enlaza directamente con el protagonista del cuento “Balada para un gordo” del volumen *Tiro Libre*, con el que comparte toda una serie de características y rasgos comunes, con el que comparte toda una serie de características y rasgos comunes, destacados por su propio creador (su capacidad de seducción sexual, su inteligencia para moverse vitalmente, su concepción de la política como un ejercicio de expansión, de confrontación, de lucha).

mundo de lo incoherente, para sobrepasar, arropado por la licencia de lo onírico, los límites de la realidad, mezclando toda una serie de elementos que se encuentran en el extremo opuesto de los contextos cotidianos e inmediatos que arrojan al resto de personajes en sus apariciones. En cuanto a Ángel, *la Bestia*, es su asistente profesional, pero sobre todo el amigo que vela por la suerte y la integridad física de aquel; gigante humano y afable, es casi una encarnación de la bondad y la ternura. Reside gratis en la pensión, y precisamente en dicho escenario acaba sus días, cuando los militares entran a capturar al Gordo, y *la Bestia* pretende defenderlo para permitirle huir.

Y formando parte de este tercer polo protagónico en la novela encontramos también a personajes como el sexagenario don Manuel, el dueño de la pensión, el testigo que relata a ese escritor oyente el desenlace de la historia narrada. Hombre sensible, también simpatizante activo del gobierno de la Unidad Popular, nos relata el dolor que le produjeron todas esas muertes, la brutalidad y sobre todo el silencio que dejó en el aire el golpe militar. Y con don Manuel encontramos a la Juana, sirvienta de la pensión, quien sufre alucinaciones después del golpe y que la trasladan alternativamente ya a la realidad más dolorosa, ya a la más fantasiosa de las irrealidades, pero que en ningún caso aminoran su fuerza en la esperanza de que todo va a cambiar, para volver a ser como antes.

Dentro de este tercer polo aparece un elemento básico, un eje temático fundamental: la ruptura de la credulidad legalista, que se manifiesta a través de otro de los personajes que más se dejan apreciar por el lector, el cabo Sepúlveda, un carabinero de profesión que también reside en la pensión. El día en que comienza el levantamiento militar, su oficial superior ordena formar a la tropa en el cuartel de carabineros, y les pregunta quiénes de ellos son leales a la Constitución y al gobierno de la Unidad Popular. Su honestidad ética le lleva dar un paso adelante, sin prever las posibles consecuencias, y es fusilado de inmediato.

Su suerte es distinta a la corrida en casi idénticas circunstancias, pero tres meses antes, por su compadre, otro carabinero, que se encontraba de servicio el día en que tuvo lugar el

*tanquetazo*⁴, y por ello pudo relatar a su amigo de primera mano lo ocurrido en La Moneda. En este palacio la Guardia se mantuvo leal al gobierno salido de las urnas tres años antes, una escena que aparece nítidamente reflejada en la novela.

La narrativa nos plantea en este punto varios temas fundamentales para la comprensión de lo que llegó a ser y de cómo se vivió el período de la Unidad Popular. En primer lugar, la novela nos narra dos episodios de carácter muy similar –dos insurrecciones, dos levantamientos armados del ejército y otras fuerzas de seguridad– separados por un corto lapso de tiempo, cuyos resultados fueron radicalmente diversos. Así, el primero fracasó, mientras que el perpetrado el 11 de septiembre de 1973 supuso el derrocamiento de un gobierno reformista y del régimen democrático, y la sustitución por una dictadura militar. En este sentido, la novela nos muestra de principio a fin un régimen terriblemente amenazado, sin darnos ninguna pista acerca de intento alguno por apuntalarlo o por instrumentar mecanismos de defensa eficaces contra los elementos y fuerzas que violentaban su mera existencia y que tres meses más tarde acabarían efectivamente con él. Ciertamente es que los personajes aparecidos en el relato no son más que un puñado de entusiastas partidarios de la Unidad Popular sin otras armas que su voluntad, su retórica y su entrega –incluso física– a la causa de la pervivencia de la democracia. Sin embargo, esto entronca con otra cuestión no menos importante, más arriba apuntada: la fe ciega en la ley, en los mecanismos y cauces formales que otorgan la Constitución y el Estado de Derecho, parece ser la consigna estrella régimen, frente a sus opositores, que en la novela se sirven continuamente de la violencia física –comandos paramilitares, levantamiento con efectivos militares– e institucional –bloqueo económico y desabastecimientos como modo de sembrar un descontento popular y llevar al gobierno socialista a un callejón sin salida

Difícilmente podían estar en pie de igualdad dos contendientes con una potencia tan dispar, aún cuando en teoría aquél asistido por la fuerza de las urnas y el manejo de las instituciones debería haber tenido una ligera ventaja. Sin embargo, no fue así; y en *Soñé*

⁴ Según se señala textualmente en un apartado final de este libro, en el que se dan algunas explicaciones terminológicas y de otros tipos a lo narrado, “en la novela se relata el acontecimiento con extremo apego a la realidad” (p. 233).

que la nieve ardía el lector podría haber predicho cuál de ambos contrarios iba a alzarse finalmente con el triunfo aún sin haber tenido noción alguna de historia chilena, tal es la sensación de debilidad que nos transmite uno de los bandos.

3. Conclusión

La novela nos aporta un interesantísimo, pero sin duda limitado, prisma de los sentimientos y consiguientes actuaciones ante el golpe militar del 11-S.

Lo que queremos señalar es que frente a las fuerzas que aparecen dibujadas en la novela, existen otras mucho más poderosas que están ausentes del relato o que tan sólo aparecen aludidas, sin profundizarse en su potencial: todo ello contribuye a dibujar un régimen extremadamente débil. Por otro lado, *Soñé que la nieve ardía* no es una crónica de los tres años de Unidad Popular, sino más bien de sus últimos estertores, casi de su agonía final; este ángulo de enfoque del período, unido al hecho de que los episodios los vivimos de la mano de los perdedores y, finalmente, la detallada narración que el escritor realiza de los últimos momentos de esa lucha desigual, son todos ellos factores que contribuyen a dar una visión coadyuvante a aquélla que sirve de núcleo a la leyenda dorada sobre el trienio popular.

En este sentido, las claves interpretativas que permiten este *milagro explicativo* son varias. En primer lugar, una lectura ideológica del pasado, que caracteriza el gobierno de la Unidad Popular en mayor medida a partir de su desenlace –el 11 de septiembre– que desde su establecimiento, el 4 de noviembre de 1970; desde esta forma de aproximación epistemológica, que condensa el tiempo histórico por la vía de comprimir más de 1.000 días de administración en tan solo media jornada de lucha desigual, la balanza se inclina a favor de Allende y los defensores de La Moneda. Un segundo factor es la presentación del propio presidente, Salvador Allende, como el mejor representante de la democracia chilena, un sistema político reconocido por su tradición de institucionalidad, legalidad y constitucionalidad; en esta versión, Allende, antes que socialista, se nos presenta como un

republicano ejemplar. Y aun se podría hablar de un último componente interpretativo reduccionista de aquellos acontecimientos: el hecho de que Allende pasara a personificar el empuje de todas aquellas masas progresistas que recorrían las calles, convirtiéndose en su portavoz y al tiempo en su defensor más directo, de modo que su muerte significa al mismo tiempo la desaparición de la esperanza para todo un pueblo. Y todo lo ocurrido aquel 11 de septiembre, plasmado de una forma pormenorizada en esta novela, sirve para dar soporte a esta tríada de ideas. De forma particular, ese retrato del presidente exhortando a sus seguidores a actuar estrictamente en defensa de la legalidad, una legalidad abiertamente violada de forma flagrante por los insurrectos, que funcionan con unas reglas del juego absolutamente diversas, al margen de cualquier código ético marcado por las urnas y la voluntad popular.

Antonio Skármeta nos permite, en *Soñé que la nieve ardía*, asomarnos al ventanal de la historia y asistir como espectadores privilegiados al frenesí de los días de la Unidad Popular; al entusiasmo generoso y vitalista de las masas, pero también al descontrol; compartir sus ilusiones, su solidaridad, al tiempo que presentir en el aire en cada página los nubarrones del fracaso, y finalmente asistir con ellos a la tormenta de la gran derrota de un proyecto político-social novedoso en la historia de Chile. Hemos compartido un espacio y un tiempo –el literario– con unos personajes que nos han trasladado a aquel período. Un momento que algunos no hubiéramos *visto* de otro modo, pues la narrativa nos permite llegar a *sentir* y *ver*, a través de la imaginación, objetos, personas y lugares, de un modo que no consiguen ni los textos históricos ni otras producciones de las ciencias sociales. La lectura nos ha llevado a conocer los personajes, gente encuadrada en el proletariado suburbano, militares de baja graduación, algunos seres pintorescos..., anodinos todos en el devenir histórico de un país. Y también hemos conocido, porque hemos *sentido* su poder en la confrontación, toda una serie de fuerzas y sectores ausentes de la novela, con intereses políticos contrapuestos a los de los personajes, que finalmente resultarán vencedores, y todo ha terminado con una experiencia histórica única en la historia del país.

Pese a que vida privada y vida social aparecen en este período indisolublemente unidas, lo cierto es que la novela no sólo nos presenta los grandes acontecimientos político-sociales

de la época, sino –y sobre todo– la forma en la que son vividos por unos protagonistas ficticios, en cuya vida privada y costumbres llegamos a penetrar. La aproximación a sus preocupaciones y anhelos, a sus miedos y deseos (valga un ejemplo extremo: la obsesión de Arturo por perder su eterna virginidad), sin duda contribuye tanto o más a la comprensión del pasado que la miscelánea de sucesos que narran los periódicos y los textos de historia.

Por otra parte, es obvio que, tal y como opina Skármeta, parte de la producción literaria latinoamericana acusa rasgos épicos. En sus páginas, sin embargo, desaparecen como sujetos del relato dioses y héroes; sus hazañas pasan a ser sustituidas por las proezas de gente desconocida e insignificante, las cuales han sido olvidadas, ocultadas o borradas de la memoria oficial. Su recuperación, llevada a cabo por el escritor, trata de establecer por esta vía mitos políticos alternativos a los de la ideología dominante. Ésta parece ser la voluntad de Skármeta, que con su novela sin duda contribuye a rescatar la importancia de un período histórico de Chile, dando entrada en su escritura a aquéllos que jamás fueron protagonistas de la historia. Sobre este punto es otra escritora chilena, Diamela Eltit, quien subraya la importancia que durante los breves años de la Unidad Popular, cobraron los sectores sociales populares, quienes surgieron revelando su calidad numérica, mestizando el paisaje social e ironizando sobre los tics de una burguesía a la que la aparición de su antagonista social, por primera vez con visos de credibilidad, deconstruye y deslegitima públicamente. El gobierno de Allende fue el posibilitador de esta nueva situación, que materialmente había conseguido alterar los imaginarios sociales, creando escenas únicas en la película que es Chile, puesto que a partir de entonces y de un modo que hoy parece irreversible – prosigue Eltit- resurgió con fuerza la relegación, la erradicación del sujeto popular del espacio público: relegación de sus estéticas, sus políticas, sus éticas, sus discursos. D. ELTIT (1998).

La novela de Skármeta es una de las pocas oportunidades con las que cuentan los ecos de aquella etapa de ser oídos, por boca del narrador y de los personajes ficticios que en la construcción de sus historias crea el escritor. Las clases populares sólo entonces tuvieron voz, y ni aún en aquellos días lograrían suscitar a favor de sus intereses amplios consensos («Si hablamos políticamente –dirá el autor de la novela– en *Soñé que la nieve ardía* veo un

símbolo de la imposibilidad concreta de que en Chile se produjera una alianza entre el proletariado y la clase media» J.A. PIÑA (1991:178)). Ésta es precisamente una de las grandes virtudes de este relato, el ser escenario de su participación, de su fugaz aparición en el panorama político social, de estéticas y de valores que hoy día parecen haber sido tan sólo un sueño.

Una época en la que, a salvo de las valoraciones de que puede ser objeto, planteadas desde los más diversos puntos de vista, gran parte de los chilenos y chilenas se permitieron soñar con la posibilidad de un cambio, manteniendo viva la utopía (de sobra pagarían, ellos y el país entero, por permitirse tal licencia). Un momento en el que devinieron, por un corto espacio de tiempo, sujetos de la historia, pasando al primer plano de la misma, a sus principales papeles. Tres años en la larga historia de un país en los que se convirtieron en protagonistas, en héroes que, como tantos otros en la mitología clásica, estaban marcados por un destino trágico.

Bibliografía

CÁCERES, Gonzalo y ALCÁZAR, Joan del. “Allende y la Unidad Popular, Hacia una deconstrucción de los mitos políticos chilenos”, *El contemporani*, nº 15, mayo-agosto 1998.

COPPOLA, Salvattori. “Cuatro: *Soñe que la nieve ardía*, tropo que fusiona lenguaje y acción”, en *La novela chilena fuera de lugar*, Santiago, Comala Ediciones, 1995.

CORTÍNEZ, Verónica. “Polifonía: Isabel Allende y Antonio Skármeta”, *Plaza* nº 14-15, Cambridge, Massachussets, Primavera-Otoño 1988.

ELTIT, Diamela. “Los estigmas del Cuerpo”, en *Encuentro XXI* nº 13, primavera de 1998.

MADRID, Alberto. “La escena de la memoria”, *Cuadernos Hispanoamericanos* nº 482-483, agosto-septiembre 1990.

PIÑA, Juan Andrés. *Conversaciones con las narrativas chilenas*, Santiago, Editorial Los Andes, 1991.

PROMIS, José. *La novela chilena del último siglo*, Santiago, Editorial La Noria, 1993.

SHAW, Donald L.. "Antonio Skármeta", *Modern Latin-American Fiction Writers, Second Series*, Edited by William, Luis, Vanderbilt University, and Ann González, University of North Carolina, Gale Research Inc., Detroit, 1994.

SÁRMETA, Antonio. *Soñé que la nieve ardía*. Gavá (Barcelona), Plaza y Janés Editores S.A., Edición de Bolsillo: Nuevas Ediciones de Bolsillo, S.L., 1985.